HISTORIA Y TEORÍA DE LA SOCIEDAD: DEL GIRO CULTURALISTA AL GIRO LINGÜÍSTICO

Miguel Ángel CABRERA ACOSTA

El objeto de este artículo es la evolución reciente de la teoría de la sociedad en el campo de los estudios históricos, es decir, las transformaciones experimentadas, durante las dos últimas décadas, por la manera en que los historiadores conciben el funcionamiento de la sociedad, explican la conciencia y las acciones de los individuos e interpretan los cambios históricos. Realizar un análisis de dicha evolución no resulta una tarea fácil, pues a la dificultad de la proximidad temporal se une el hecho de que no sólo la investigación histórica se ha expandido y diversificado enormemente durante los últimos años, sino que el debate historiográfico se ha hecho cada vez más complejo y sofisticado. No obstante ello, al tratar de discernir cuáles han sido las pautas esenciales de esa evolución y qué resultados ha producido, he llegado a una conclusión que, a título de mera hipótesis, me gustaría exponer aquí. Dicha conclusión es que, en un clima intelectual marcado por la denominada crisis de la Modernidad y como consecuencia de la reconsideración crítica, así como del escrutinio empírico, a que han venido siendo sometidos algunos de los principales supuestos teóricos en que se ha basado durante mucho tiempo la investigación histórica, se ha ido dibujando, en el transcurso de los últimos años, una tendencia historiográfica nueva que, aunque es aún débil y de contornos difusos, es ya claramente visible para cualquier observador mínimamente atento. De manera concreta, lo que se ha ido configurando —de forma paralela a otras ciencias sociales— es una nueva teoría de la sociedad, sustancialmente diferente de las existentes con anterioridad. Parece lógico, por tanto, que el tema de reflexión y de discusión que me proponga abordar aquí sea el de si esta conclusión es o no correcta, es decir, el de si realmente ha aparecido una nueva teoría de la sociedad o si lo que yo he interpretado como tal no es más que la prolongación, más o menos renovada o camuflada, de alguna de las teorías precedentes. Sea cual sea la respuesta final, lo que sí parece deseable, en una coyuntura como la presente de debilitamiento de

antiguas certezas, es disponer de un diagnóstico lo más preciso posible del estado actual de la historia y del grado de vigencia de los modelos teóricos heredados del pasado, con el fin de dotar a nuestro trabajo práctico como historiadores de la necesaria consistencia y de la mínima certidumbre.

Los antecedentes de la situación actual se encuentran en las condiciones creadas por la historia social y por las dos principales corrientes o "paradigmas dominantes de explicación"[1] que la integran: el materialismo histórico y la escuela de Annales. Como se sabe, ambas corrientes nacieron como reacción frente a un historicismo tradicional que, al fundar su teoría de la sociedad en la noción de sujeto racional, consideraba sin más a las intenciones de los individuos como la causa de sus acciones. Frente a esta historia comprensiva, descriptiva y factualista, los historiadores sociales erigieron un nuevo paradigma teórico basado en el concepto de sociedad, es decir, en el postulado de que la conciencia de los individuos no es una creación racional y autónoma, sino el reflejo subjetivo de sus condiciones sociales de existencia. Desde esta perspectiva, los significados que conforman dicha conciencia son un producto o atributo de la estructura social y, por consiguiente, la posición social es la que define los intereses y la identidad de los individuos y la que determina —y, por tanto, explica— su conducta. Como consecuencia de ello, el interés investigador se desplazó desde la política institucional y el ámbito de las ideas hacia los fenómenos económicos y sociales, al tiempo que los historiadores empezaron a conceptualizar la historia mediante un modelo dicotómico según el cual toda sociedad está constituida por una instancia objetiva (identificada, de manera general, con la esfera socioeconómica), que ostenta la primacía causal, y por una instancia subjetiva o cultural que deriva causalmente de aquélla. A este esquema dualista responden las conocidas distinciones entre base y superestructura, entre estructura y acción o, en el caso annalista, entre niveles o temporalidades. Es este modelo teórico dicotómico y objetivista el que ha guiado, durante largo tiempo, una parte sustancial de la investigación histórica.

Es bien sabido, también, sin embargo, que la historia social fue objeto desde muy pronto de una intensa reformulación que la hizo evolucionar muy rápidamente desde el punto de vista teórico. A medida que se iban acumulando las anomalías (es decir, las discrepancias entre el comportamiento real de los individuos y la conducta que la teoría prescribía como natural) y que crecían las dudas con respecto a una explicación puramen-

[1] La expresión es de Lynn Hunt, "Introduction: History, Culture, and Text", Lynn Hunt (ed.), *The New Cultural History*, Berkeley/Los Angeles, University of California Press, 1989, p. 1. Las traducciones son siempre mías.

te social, algunos historiadores comenzaron a reformular el paradigma original en un sentido cada vez más culturalista o subjetivista. La cultura adquiere, entonces, una creciente autonomía relativa, dejando de ser considerada meramente como un reflejo mental de lo material, como un epifenómeno o derivación funcional de la esfera socioeconómica, para convertirse en una instancia coproductora de las relaciones sociales y recreadora permanente de las condiciones estructurales. El resultado fue el surgimiento de la denominada historia sociocultural o nueva historia cultural, cuyo postulado teórico básico es que los sujetos no son meros receptores pasivos de los significados contenidos en la estructura social, sino que participan de manera activa en su desvelamiento y que, por tanto, la relación entre estructura y acción no es de determinación unívoca, sino de interacción dialéctica o mediación simbólica[2].

Los historiadores socioculturales admiten que la realidad es objetiva y que, por tanto, los significados tienen un origen social, pero a la vez afirman que éstos no se hacen explícitos por sí mismos, sino a través de la práctica y de los esquemas culturales de percepción de los sujetos. Tal como reza la conocida fórmula thompsoniana de que no hay clase sin conciencia de clase, para que las identidades se constituyan no basta con que existan en el plano socioeconómico, sino que es preciso que se produzca, en el curso de la práctica, un acto de discernimiento mediante el cual sus miembros adquieren conciencia de los intereses que su posición social entraña y comienzan a actuar en consecuencia. Al contrario que para la historia social clásica, los significados no se traducen en acción hasta que son subjetivamente reconocidos y apropiados. Lo que implica, en términos historiográficos, que el ajuste entre intereses y conciencia no es algo inexorable o espontáneo, sino que depende de que se produzca un acto de toma de

---

[2] Esta es la transición que diagnosticó y describió Lawrence Stone en "The Revival of the Narrative: Reflections on a New Old History", *Past and Present*, 85, 1979, pp. 74-96 [Trad. esp.: "El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia", en Lawrence Stone, *El pasado y el presente*, México, FCE, 1986, pp. 95-120] y que han analizado y/o teorizado autores como, por ejemplo, William J. Bowsma ("From History of Ideas to History of Meaning", *Journal of Interdisciplinary History*, 12, 1981, pp. 279-291), George G. Iggers ("Epilogue", *New Directions in European Historiography*, New Hampshire, Wesleyan University Press, 1984, pp. 175-205), François Dosse *(L'histoire en miettes. Des "Annales" à la "nouvelle histoire"*, Paris, La Découverte, 1987 [Trad. esp.: *La historia en migajas. De "Annales" a la "nueva historia"*, Valencia, Eds. Alfons el Magnànim, 1988]), Raphael Samuel ("Reading the Signs", *History Workshop Journal*, 32, 1991, pp. 88-109 [Trad. esp.: "La lectura de los signos", *Historia Contemporánea*, 7, 1992, pp. 51-74] y "Readings the Signs: II: Fact-grubbers and Mind-readers", *History Workshop Journal*, 33, 1992, pp. 220-251) o Natalie Z. Davies ("The Shapes of Social Hisory", *Storia della Storiografia*, 17, 1990, pp. 28-34 [Trad. esp.: "Las formas de la historia social", *Historia Social*, 10, 1991, pp. 177-182]).

conciencia. De ahí que la posición social predisponga a los individuos a actuar de una cierta manera y éstos tiendan, de hecho, a hacerlo, pero que no pueda prescribir exactamente su conducta. La relación entre estructura y acción genera siempre un espacio de indeterminación y de contingencia que permite la intervención creadora de los individuos, una intervención creadora que es la que trata de captar, precisamente, conceptos como el thompsoniano de experiencia o los charterianos de representación y de producción individual de significado.

Por esta razón, el interés investigador se desplazó de nuevo, a partir especialmente de la década de 1970, esta vez desde el ser social al ser percibido, es decir, hacia la cultura. Pues, como sostienen los historiadores socioculturales, cuando analizamos las prácticas sociales en su especificidad individual o grupal, la determinación objetiva aparece refractada por la capacidad de los individuos para tomar decisiones y adoptar estrategias vitales que no son directamente inferibles de su posición social y, en general, por la capacidad de la esfera cultural para actuar sobre las condiciones socioeconómicas y forzar su modificación.

Ahora bien, por mucho que la historia sociocultural haya debilitado al causalismo social y reformulado el modelo dicotómico, jamás los abandona. Los historiadores socioculturales se oponen enérgicamente a cualquier restauración del concepto de sujeto racional o a cualquier pretensión de conceder una autonomía absoluta a la cultura o a la política. La experiencia o la representación son, para ellos, el espacio social inmediato en que se inscribe la práctica, pero ambas remiten causalmente, a su vez, a la estructura social. Los sujetos de la historia sociocultural tienen libertad para moverse y diseñar estrategias vitales dentro de sus condiciones sociales, pero no para trascender éstas. Tanto para los historiadores socioculturales como para los historiadores sociales clásicos, los conceptos mediante los cuales las personas captan el mundo son culturales, precisamente, porque son una interiorización, aunque sea simbólica, de ese mundo. Y ello bien porque dichos conceptos son etiquetas que designan fenómenos sociales reales (como los de sociedad, clase, género, propiedad o esfera pública), bien porque son expresiones culturales o ideológicas del contexto y de determinados grupos sociales (como los de individuo, derechos naturales, libertad, nación, burguesía o revolución social). Como diría Roger Chartier, los agentes captan activamente la realidad y, en tal sentido, el mundo es representación, pero dicha captación se realiza siempre bajo coacciones estructurales. De ahí que los individuos tiendan a agruparse según su origen social y que el arraigo de las ideas dependa, en última instancia, de la eficacia teórica, esto es, de su grado de correspondencia con la propia realidad. De este modo, la historia sociocultural se aleja ostensiblemente del objetivismo (que reduce las acciones a estructura), pero rechaza con igual

vigor el subjetivismo (que reduce la estructura a acciones). A lo más que llega es a propugnar un equilibrio causal entre realidad e ideas o a admitir que, en circunstancias excepcionales, la esfera subjetiva puede independizarse temporalmente de la base social, como sostiene, por ejemplo, Lynn Hunt en sus estudios sobre la Revolución Francesa[3].

Esta evolución interna del paradigma teórico de la historia social ha afectado tanto a la variante marxista como a la annalista y en ella se inscriben, por ejemplo, un historiador sociocultural pionero como E. P. Thompson, la microhistoria, la historia de la vida cotidiana alemana o la última generación de la tradición de Annales, a la que pertenecen autores como el mencionado Roger Chartier o Bernard Lepetit.

Podríamos concluir, por tanto, diciendo que, durante décadas, el debate historiográfico ha adoptado la forma de una tensión permanente entre objetivismo y subjetivismo, entre causalismo social y culturalismo, haciendo que todo debilitamiento de uno de los términos del binomio implicara, automáticamente, el fortalecimiento del otro. En los últimos años, sin embargo, el panorama parece haber comenzado a cambiar, pues han ido apareciendo algunas obras históricas, tanto de investigación como de reflexión, que tratan de superar esta fase del debate y de escapar a la tensión que la atraviesa y que han empezado a adoptar un nuevo marco teórico. Lo que en dichas obras se sostiene, de manera más o menos abierta, es que para superar las insuficiencias detectadas en el modelo explicativo de la historia social no basta con reformularlo en un sentido subjetivista —y, mucho menos, retornar a la vieja historia idealista, como propugna, de hecho, el denominado revisionismo—,[4] sino que sería preciso, más bien, reconsiderar en profundidad los supuestos esenciales de dicho modelo. El resultado de esta reacción crítica ha sido, como ya adelantamos, la configuración paulatina de una nueva perspectiva teórica. Por supuesto, se trata de una perspectiva que aún no está consolidada, que no siempre es explícita en las obras que le han dado vida y para la que todavía no existe una etiqueta, ampliamente aceptada, que la designe. Además, la línea divisoria que la separa de la historia sociocultural suele ser borrosa, pues generalmente ambas aparecen tan entremezcladas, formando una especie de híbrido, que no siempre resulta fácil entresa-

---

[3] *Vid.*, por ejemplo, Lynn Hunt, *Politics, Culture and Class in the French Revolution*, Berkeley/Los Angeles, University of California Press, 1984.

[4] Una tendencia a la que se han sumado recientemente antiguos historiadores sociales como Gareth Stedman Jones (*vid.* su "The determinist fix: some obstacles to the further development of the linguistic approach to history in the 1990s", *History Workshop Journal*, 42, 1996, pp. 19-35. Para una evaluación crítica de su propuesta, vid. Miguel A. Cabrera, "Linguistic approach or return to subjectivism? In search of an alternative to social history", *Social History*, 24, 1, 1999, pp. 74-89.

car aquellos elementos que, al entrar en franca contradicción con el paradigma anterior, entrañan una ruptura historiográfica.

No obstante ello, parece indudable que en los últimos años ha ido apareciendo, en el dominio de los estudios históricos, una serie de elementos que, al ser contemplados en su conjunto y ser puestos en relación, como si de las piezas de un puzzle se tratara, conforman un nuevo marco teórico que, aunque lleno de lagunas, presenta ya un perfil claramente perceptible. En otras palabras, que ese conjunto de elementos nos permitiría sentar las bases, si lo deseáramos, de una nueva teoría de la sociedad y, por tanto, de erigir una alternativa a la historia social que no sea la de un retorno revisionista a los postulados de la historia idealista. Entre esos elementos se incluyen desde síntomas de insatisfacción, intuiciones o sugerencias a reflexiones teóricas, conclusiones empíricas, conceptos novedosos, numerosas reinterpretaciones históricas y propuestas expresamente alternativas. Elementos todos que se encuentran, aunque sea dispersos y no siempre explícitos, en las obras de historiadores como Keith M. Baker, Patrick Joyce, Joan W. Scott, William H. Sewell o James Vernon y de sociólogos históricos como Richard Biernacki o Margaret R. Somers. A este nuevo tipo de historia la denominaré aquí, a la espera de que sea acuñado un término más adecuado, simplemente como Nueva Historia.

¿Pero qué críticas hacen estos historiadores al paradigma de la historia social? ¿Cuáles son, más concretamente, esos elementos novedosos a los que acabo de referirme y en qué consiste el marco teórico que surge de ellos? Es claro que aquí no disponemos de suficiente espacio para ofrecer una exposición detallada de la cuestión, pero trataremos de destacar sus aspectos más relevantes y de subrayar los principales puntos de contraste con las teorías precedentes. Para comenzar, insistamos en que esta nueva historia tiene su origen en las críticas a que han sido sometidos, durante los últimos años, tanto el modelo dicotómico y objetivista como, en particular, el concepto de causalidad social. Por supuesto, no me refiero a las ya mencionadas críticas —siempre presentes y últimamente revitalizadas— procedentes de los historiadores idealistas y de sus continuadores revisionistas, sino a aquéllas otras realizadas desde una óptica diferente y basadas en argumentos nuevos. De este modo, frente a dicho modelo teórico —tan profundamente arraigado en nuestros hábitos de pensamiento y métodos de análisis—, una parte significativa de la investigación histórica y de la reflexión historiográfica de los últimos años ha ido erigiendo, lenta pero claramente, una manera distinta de concebir los procesos sociales.

El núcleo central y, a la vez, el punto de partida de esta reorientación teórica de la historia ha sido la puesta en duda de que el nexo existente entre realidad social y conciencia sea de carácter causal, es decir, de que la

segunda sea una representación de la primera y de que, por tanto, el comportamiento de los individuos esté determinado por su posición social o, en general, por sus condiciones sociales de existencia. Por el contrario, lo que los nuevos historiadores argumentan es que la conexión entre la conciencia de los individuos y su contexto social no sólo es más compleja, sino, sobre todo, de naturaleza completamente distinta a la supuesta durante mucho tiempo. Su objeción fundamental es que aunque entre subjetividad y condiciones sociales existe siempre un nexo, éste es meramente material o físico, nunca de determinación significativa, ni siquiera en aquellas situaciones, propias de las sociedades contemporáneas, en las que la posición social opera, de manera explícita, como referente de la identidad y es considerada por los propios agentes como el fundamento causal de sus acciones. Las condiciones sociales imponen, sin duda, límites materiales a las acciones de los individuos (sean físicos, espaciales o de recursos), pero no tienen la capacidad de determinar sus conductas significativas, es decir, aquellas acciones emprendidas en función de los significados que se atribuyen a la realidad y al lugar que se ocupa en ella. En suma, que las condiciones sociales proporcionan a los individuos los medios materiales de sus acciones, pero no los conceptos y los significados en que dichas acciones se fundan. De ahí que los nuevos historiadores nieguen que una posición o fenómeno social implique, aunque sólo sea potencialmente, una determinada conducta y que, por tanto, existan unas conductas naturales y otras desviadas o anómalas. Y que, por ejemplo, fenómenos como la clase, las desigualdades sociales, el sexo, la pobreza o el hambre generen, por sí mismos, ciertas respuestas, actitudes o formas de comportamiento (o sea, que posean significados propios). De manera concreta, lo que la nueva historia sostiene es que los significados que los individuos atribuyen a la realidad social, y en función de los cuales actúan, no son una cualidad intrínseca de dicha realidad ni dimanan de ella, sino que tienen una procedencia diferente y se constituyen mediante un proceso histórico completamente distinto al supuesto por la historia social. Un proceso que no ha sido detectado hasta hace poco tiempo por la investigación histórica y que, desde luego, es imposible de captar y de analizar mediante un modelo teórico dicotómico como el prevaleciente hasta la fecha.

De este modo, la crisis de los conceptos de realidad objetiva y de causalidad social suscita la necesidad inmediata de formular una nueva teoría de la producción de significados, es decir, del origen de la conciencia. El punto de partida de dicha teoría es la afirmación de que, según muestra la investigación histórica reciente, la realidad social no se incorpora por sí misma a la conciencia, sino que lo hace siempre a través de su conceptualización. Es decir, que las condiciones sociales sólo adquieren su significado y comienzan, en virtud de ello, a determinar las acciones de los individuos

una vez que han sido conceptualizadas, nunca antes. Esto no implicaría, sin embargo, ninguna novedad con respecto a la historia sociocultural si no fuera porque, además, los nuevos historiadores redefinen por completo la naturaleza de las categorías mediante las cuales los individuos realizan esa conceptualización de su contexto social. Para ellos, dichas categorías no son representaciones de ese contexto o meros vehículos de transmisión de sus propiedades. Por el contrario, según la nueva historia —y ésta es su premisa teórica capital— el cuerpo de categorías que, en una situación histórica dada, opera como base de las acciones de los individuos y como organizador esencial de las relaciones sociales no es el reflejo subjetivo de las propiedades de una realidad social objetiva (ni tampoco, por supuesto, una creación racional autónoma), sino que constituye una esfera social específica, con su propia lógica histórica. Dichas categorías (como las enumeradas más atrás) no son ni etiquetas designativas de fenómenos sociales reales ni representaciones culturales o ideológicas del contexto social, sino que tienen un origen diferente y constituyen una variable histórica independiente que, aunque interactúa permanentemente con la realidad social, no está determinada por ella.

¿Pero en qué se basa la nueva historia para llegar a esta conclusión y formular el consiguiente postulado teórico? Se basa en que, según muestra la investigación histórica, todo nuevo fenómeno social es siempre aprehendido significativamente por los individuos mediante un cuerpo de conceptos que existe con anterioridad. De lo que se sigue que la realidad no genera sus propios significados a partir de cero, sino en interacción con el entramado de significados o marco interpretativo heredado del pasado. Pero no es sólo eso. Es que, además, en esa interacción entre realidad social y matriz categorial previa, es esta segunda, y no la primera, la que desempeña la función activa, es decir, la que establece las condiciones de posibilidad de los significados que los individuos otorgan a la realidad. En dicha interacción, la matriz categorial heredada impone unas reglas de significación a las que la nueva situación social ha de someterse y a través de las cuales ha de acceder, necesariamente, a la conciencia. Desde este punto de vista, las categorías heredadas no son simplemente el medio a través del cual unos significados que son sociales emergen a la conciencia; dichas categorías no son meramente la forma verbal o el ropaje cultural que los significados objetivos adoptan, como sostenía la historia sociocultural. Por el contrario, son las categorías heredadas las que confieren su significado a la realidad social y las que, de este modo, la convierten en una entidad objetiva.

Y así, por ejemplo, como sostiene William H. Sewell en su discusión con E. P. Thompson, la conciencia de clase obrera no nació como reflejo de las condiciones socioeconómicas creadas por la Revolución Industrial, sino que fue el resultado de la transformación de otros conceptos anteriores,

pertenecientes al discurso radical. Para ser más exactos, el lenguaje radical no fue un vehículo de expresión de las nuevas relaciones de producción, sino, en todo caso, el que al dotar a éstas de significado generó la conciencia de clase. La definición de los intereses de la clase obrera, el diagnóstico de su situación social, la experiencia, la conciencia y las acciones correspondientes no son simplemente una respuesta a sus condiciones de vida y laborales, sino el resultado de la articulación de éstas mediante categorías como derechos, trabajo, propiedad, libertad, igualdad, clase, progreso, sociedad, emancipación racional, revolución o incluso historia universal. Por eso el movimiento obrero no puede interpretarse como un efecto del ascenso del capitalismo, sino que para explicar su surgimiento debemos comprender la naturaleza, la estructura y las contradicciones potenciales de ese cuerpo anterior de conceptos del que es fruto[5].

El papel de las categorías heredadas ha sido enfatizado y estudiado también, por ejemplo, en el caso de la Revolución Francesa, por historiadores como Keith M. Baker. Según Baker, a medida que ha ido declinando la capacidad explicativa del causalismo social (que concebía a la Revolución Francesa como una expresión del ascenso de la burguesía), se ha hecho necesario prestar más atención a las categorías heredadas del Antiguo Régimen, pues éstas son la matriz en que se forjaron los intereses, las identidades, los acontecimientos revolucionarios y la alternativa política, legal e institucional implementada en 1789. Y ello incluso aunque, como él señala, muchos de los nuevos conceptos hayan nacido de la negación de los precedentes y que el nuevo orden social y político haya sido erigido a partir del contraste con el Antiguo Régimen[6].

Pero el hecho de que sean las categorías heredadas las que doten de significado a una realidad social siempre cambiante, siempre nueva, explica también la génesis de las propias categorías. Y es que si, en efecto, toda nueva situación social es conceptualizada mediante un patrón categorial previo, entonces las nuevas categorías surgidas de esa conceptualización están causalmente enraizadas en dicho patrón categorial, y no, como sostendría la historia social-sociocultural, en el referente real al que están asociadas. También en este caso podría decirse, por tanto, que los conceptos propios

---

[5] William H. Sewell, "How Classes Are Made: Critical Reflections on E. P. Thompson's Theory of Working-Class Formation", Harvey J. Kaye y Keith McLelland (eds.), *E. P. Thompson. Critical Perspectives*, Londres, Politiy Press, 1990, p. 69. [Trad. esp.: "Cómo se forman las clases: reflexiones críticas en torno a la teoría de E. P. Thompson sobre la formación de la clase obrera", *Historia Social*, 18, 1994, pp. 77-100.]

[6] Keith Michael Baker, *Inventing the French Revolution. Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century*, Nueva York, Cambridge University Press, 1990, pp. 3-4 y 10-11.

de una determinada situación social no emanan directamente de ella, sino que son el resultado de su interacción, en los términos ya descritos, con el sistema conceptual vigente con anterioridad. Esta es la razón, precisamente, por la que se puede afirmar que los conceptos fundantes de la práctica social constituyen una esfera social específica y, en particular, que poseen su propia lógica histórica, pues dichos conceptos son eslabones de una cadena conceptual que nunca se rompe.

Lo que la nueva historia sostiene, en suma —por decirlo en una terminología más en sintonía con el debate actual—, es que para analizar y dar cuenta de los procesos sociales es necesario adoptar un nuevo concepto de lenguaje. O, para ser más exactos, que es necesario establecer una clara distinción entre la noción convencional de lenguaje como medio de comunicación y la noción de lenguaje como patrón de significado y basar en esta segunda, y no en la primera, la teoría de la sociedad, pues sin esa distinción seríamos incapaces de explicar el origen de la conciencia y de las acciones de los individuos. El lenguaje, como gusta repetir a Joan W. Scott[7], no es sólo vocabulario o palabras, sino que es una forma global de comprensión de cómo funciona el mundo y de qué lugar ocupa uno en él y, por tanto, no se limita a transmitir los significados de la realidad, sino que toma parte activa en su creación. De ahí que la referida distinción constituya uno de los principales motores de la actual reorientación teórica de los estudios históricos, que se haya convertido, en los últimos años, en un tema preferente de discusión entre los historidores y que hayamos introducido la expresión giro lingüístico en el título de este artículo.

Permítasenos recordar brevemente, en este punto, que la investigación histórica sólo había operado hasta ahora con la acepción de lenguaje como medio de comunicación. Para el historicismo tradicional, al basarse en la noción de sujeto racional o intencional, el lenguaje es un medio de expresión del pensamiento y el instrumento mediante el cual dichos sujetos despliegan su acción en el mundo. Para la historia materialista, el lenguaje es también un medio de expresión, pero del contexto social, y, por tanto, es el medio a través del cual dicho contexto se traduce en subjetividad y se proyecta en acción. Frente a ambos tipos de historia, algunos historiadores han comenzado a basarse en una concepción constitutiva o performativa del lenguaje, según la cual éste no se limita a reflejar el pensamiento de los sujetos o los significados de la realidad, sino que es, por el contrario, el

---

7 Joan W. Scott, "On Language, Gender, and Working-Class History", *International Labor and Working-Class History*, 31, 1987, p. 1 y "A Reply to Criticism", *Ibid.*, 32, 1987, p. 40. [Trad. esp.: "Sobre el lenguaje, el género y la historia de la clase obrera", *Historia Social*, 4, 1989, pp. 111-118 y "Una respuesta a las críticas", *ibid.*, pp. 127-135.]

espacio en que se constituyen ambos. Para designar esta esfera social específica que es el lenguaje cuando opera como patrón de significado los historiadores han acuñado o adoptado, en los últimos años, conceptos como los de discurso, metanarrativa o, simplemente, matriz, cuerpo o marco categorial o conceptual. Lo que tales conceptos tratan de captar es el hecho de que los individuos viven y experimentan su mundo y los cambios del contexto social siempre desde el interior de un marco conceptual que no pueden trascender ni manejar a voluntad y mediante el cual han de configurar, necesariamente, su conciencia e identidad y organizar su práctica. Es decir, el hecho de que, en toda situación histórica, existe un conjunto coherente de categorías que, al mediar entre la realidad y los individuos, es el que convierte a éstos en sujetos y a los hechos reales en objetos y que, en consecuencia, es el ámbito en que se forjan las relaciones sociales.

De ahí que la formulación de este nuevo concepto de lenguaje constituya, sin duda, una de las novedades más importantes y de mayor trascendencia historiográfica de las dos últimas décadas. Y ello porque si realmente las categorías que subyacen a la práctica social son un patrón de significado de naturaleza específica (y no, como se creía, un reflejo de la realidad social), entonces tendríamos que reconsiderar por completo nuestra concepción de la historia y asentar el análisis social sobre bases teóricas enteramente nuevas. Para empezar, tendríamos que prescindir del dualismo convencional entre objetividad y subjetividad, estructura y acción o sociedad e individuo e introducir una tercera instancia social. Pero es que, además, la introducción de este tercer elemento implica la disolución de las nociones mismas de objetividad y subjetividad tal como se entendían hasta ahora. Por lo que a la objetividad respecta, la ruptura fundamental que entraña la teoría de la sociedad de la nueva historia es que ésta deja de ser considerada como un atributo que los hechos reales y sociales poseen y pasa a considerarse como una cualidad que éstos adquieren al ser dotados de significado por una determinada matriz discursiva. Con lo que no sólo se modifica el estatuto teórico tradicional de la realidad, sino que se redefine por completo su relación con la conciencia. Desde este nuevo punto de vista, la realidad social no es ya una entidad objetiva, sino simplemente un conglomerado de hechos sin significado propio y, por consiguiente, sin capacidad para determinar el comportamiento de los individuos. Por supuesto, la realidad impone límites a los significados que puedan crearse y atribuírsele, pero son límites materiales, no estructurales. De hecho, la principal insuficiencia de la teoría de la sociedad de la historia social-sociocultural radicaría —según los nuevos historiadores— en que da por supuesto que el constreñimiento que el contexto social ejerce sobre los individuos es de carácter estructural y que, por tanto, las condiciones sociales prescriben, dictan o condicionan, en alguna medida, las conductas significativas

de esos individuos. Sin embargo, lo que mostraría la investigación histórica reciente es que el constreñimiento de las condiciones sociales sólo deviene estructural una vez que éstas son dotadas de significado por una matriz categorial, nunca antes.

Es en este sentido en el que la nueva historia afirma que la realidad social es una construcción lingüística o discursiva. Esta afirmación no debe entenderse, por supuesto, en un sentido literal. Debe entenderse como que los significados de los hechos que constituyen la realidad no derivan de los propios hechos, sino que son el resultado de la aplicación a los mismos de unos criterios de clasificación que son suministrados por el marco discursivo vigente en cada momento histórico. El discurso no construye, obviamente, a la realidad social en sí, pero sí a la realidad social en tanto que entidad significativa u objetiva. Podríamos decir, utilizando un símil, que la realidad suministra la materia prima (los "ladrillos") mediante los cuales se construyen los significados, pero que es el discurso el que diseña los "planos" (o sea, las reglas de significación) de acuerdo con los cuales se realiza dicha construcción.

Tomemos un ejemplo sencillo, el de la relación entre subordinación social y opresión. Desde esta nueva perspectiva, para que la subordinación (hecho real) se convierta en opresión (significado) no basta con su mera existencia, sino que es preciso que entre ambas medie activamente el adecuado discurso. Por eso las relaciones de subordinación sólo se convierten en relaciones de opresión y generan la correspondiente práctica social cuando un determinado cuerpo categorial (por ejemplo el humanista democrático moderno) articula como opresión las desigualdades sociales, políticas, sexuales, raciales o de cualquier otro tipo[8]. Fue de este modo, como ha estudiado recientemente Joan W. Scott, cómo apareció y, más aun, pudo ser concebible un fenómeno histórico como el feminismo, entendido como movimiento de oposición a la subordinación de las mujeres. Según ella, el feminismo no surgió simplemente porque las mujeres ocuparan una posición social subordinada, sino como resultado de la aparición de las categorías del discurso moderno y de la consiguiente creación de un marco conceptual que permitió pensar dicha subordinación de las mujeres en términos de opresión, de desigualdad o de diferencia y emprender, por tanto, la correspondiente lucha por la igualdad o la emancipación[9].

---

[8] Este ejemplo ha sido tomado de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*, Londres, Verso, 1985, pp. 152-159. [Trad. esp.: *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI, 1987, pp. 171-178.]

[9] Joan W. Scott, *Only Paradoxes to Offer. French Feminists and the Rights of Man*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1996. Como ella expone, el feminismo es un

Desde esta perspectiva, los individuos no se comportan como lo hacen porque ocupen una cierta posición social o vivan en unas ciertas condiciones sociales, sino, en todo caso, porque esa posición y esas condiciones han sido aprehendidas significativamente mediante un determinado marco discursivo. Pero no sólo eso. La investigación histórica está mostrando, además, que la atribución a la esfera socioeconómica de la cualidad de ser la fuente de los intereses y el fundamento de la identidad no es más que el resultado de la aplicación de las categorías del denominado discurso moderno. De lo que se sigue algo de enorme trascendencia historiográfica, a saber, que dicha esfera ha operado, en las sociedades contemporáneas, como base de la identidad y, en consecuencia, como causa de las acciones no porque posea intrínsecamente esa capacidad, sino porque ésta le ha sido conferida por el patrón discursivo vigente y, en particular, por categorías como las de sociedad o estructura social. Esta es la razón por la que, para la nueva historia, la relación entre la posición social y las acciones no es una relación causal o natural, en el sentido de que la segunda sea un efecto de la primera, sino que es una relación histórica y significativamente construida. Lo que ocurre es que, durante mucho tiempo, los individuos que han vivido insertos en la metanarrativa moderna han considerado dicha relación como algo natural y universal, entre ellos los propios historiadores sociales, que, por esta razón, han tendido a trasladarla y aplicarla incluso a períodos o situaciones históricos en que dicha relación no existe.

La teoría de la sociedad de la nueva historia entraña, por consiguiente, un nuevo concepto de sujeto, diferente tanto del sujeto racional de la historia idealista como del sujeto social de la historia materialista. Para la nueva historia, la identidad de los individuos no sería un reflejo de las condiciones sociales, ni su subjetividad el fruto de un acto de toma de conciencia. Identidad y subjetividad serían, más bien, el resultado de la mediación lingüística entre los individuos y su contexto social. Lo que ello quiere decir es que la forma en que los individuos se conciben a sí mismos como sujetos, se atribuyen un papel social y dan sentido a sus acciones depende de las categorías discursivas que, en cada momento, utilizan. Es al aplicar dichas categorías para definirse a sí mismos, a su relación con los demás y a su lugar en la sociedad (categorías como las de clase, pueblo, sexualidad o individuo con derechos), como las personas y los grupos se convierten en agentes históricos y comienzan a actuar como tales. Es esta circunstancia, precisamente, la que lleva a la nueva historia a afirmar que el vínculo entre conciencia y realidad social no sólo es más complejo sino, sobre todo, de

---

síntoma del discurso moderno-liberal que lo produjo y de su contradicción conceptual entre la proclamación de derechos y su no reconocimiento práctico, con la consiguiente exclusión política de las mujeres (p. 3).

naturaleza distinta a la supuesta por los historiadores sociales, pues dicho vínculo no es teórico o representacional, sino más bien retórico. Lo que ello significa es que la identidad no es un atributo social que el lenguaje designa y transmite, sino un atributo que se constituye como tal, en el sentido indicado, dentro del propio lenguaje. Es por eso que, a partir de ahora, la mera constatación de que, en una situación histórica dada, existe un nexo entre una identidad y un determinado referente social es un ejercicio puramente empírico y descriptivo, sin valor explicativo alguno. Por el contrario, lo que el análisis histórico habrá de explicar es cómo dicho nexo llegó a establecerse, en lugar de considerarlo como algo obvio o natural. Lo que se ha de explicar, en cada caso, es por qué ciertos hechos reales (sociales, físicos o de otro carácter) han adquirido la condición de objetos de identidad, y, a la vez, por qué otros hechos han sido excluidos o no tomados en cuenta. Y ello por la sencilla razón de que la conexión entre la identidad y su referente es siempre contingente, en el sentido de que el segundo no implica, ni siquiera potencialmente, a la primera, y de que, por tanto, es imposible conocer de antemano qué hecho habrá de convertirse en base de la identidad, es decir, en criterio relevante de definición de los agentes históricos. Como argumenta, al respecto, Margaret R. Somers, si los procesos sociales sólo son inteligibles en el contexto de la mediación discursiva, entonces hemos de dejar de imputar a las personas determinados intereses por el simple hecho de pertenecer a una cierta categoría social[10].

Tomemos el caso, por ejemplo, de la identidad de clase. Es obvio que sin la existencia de clases no hubiera podido surgir la identidad de clase —con sus consiguientes efectos sobre la práctica social—, pero dicha existencia no es suficiente para que la identidad de clase aparezca. Para que esto último ocurriera fue necesaria, además, la intervención de un cuerpo categorial que, constituido por conceptos como los de sociedad, trabajo o explotación, objetivó a la clase social y a la división clasista como fundamentos de los intereses y de la identidad y convirtió a sus miembros, consiguientemente, en sujetos históricos. Como gusta sentenciar a los nuevos historiadores, el concepto de clase es anterior, y no posterior, a la clase, en el sentido de que dicho concepto no es el reflejo o la expresión consciente de la clase, sino el que constituye a ésta como tal (en tanto que objeto, se entiende, no en tanto que hecho bruto). Por eso la historia de la clase es inseparable de la historia del concepto de clase. Esto no debe interpretarse, en modo alguno, como que las clases sociales, en tanto que fenómenos reales, no existen o como que la conciencia de clase es una creación puramente

[10] Margaret R. Somers, "Narrativity, Narrative Identity, and Social Action: Rethinking English Working-Class Formation", *Social Science History*, 16, 4, 1992, p. 607.

ideal y arbitraria, sin su correspondiente referente real, sino en el sentido de que para que la clase se convirtiera en criterio de clasificación identitaria hubo de ser convenientemente dotada de ese significado por las categorías del discurso moderno.

Como ha estudiado, por ejemplo, William H. Sewell, la identidad de clase obrera que surgió en Francia en los años 1830 no fue el resultado de la mera existencia de obreros, de sus condiciones de vida o de la agudización de los conflictos sindicales. Surgió porque las organizaciones obreras se vieron obligadas a articular sus intereses mediante los conceptos del discurso liberal recién institucionalizado por la Revolución de Julio, con el fin de hacer inteligibles sus demandas y poder entablar relaciones con la identidad burguesa y con el Estado. Fue así cómo nació la conciencia de pertenencia a una comunidad de intereses que trascendía al oficio, cómo la clase se convirtió en referente identitario y cómo sus miembros pudieron desarrollar una práctica eficaz frente al Estado y los patronos (algo ya imposible mediante el antiguo lenguaje corporativo)[11].

Y a una conclusión similar llega el propio William H. Sewell en relación con la constitución del movimiento sans-culotte durante la Revolución Francesa. Según él, dicho movimiento no puede interpretarse como una expresión, en el plano consciente, de un grupo social preexistente, la denominada sans-culotterie, y, en particular, como una respuesta a la situación de escasez y carestía de alimentos y de crisis económica. Más bien, se trata de un movimiento que se constituye como consecuencia de la articulación de esos factores sociales mediante principios o categorías como el de derechos naturales y, en particular, el de derecho a la subsistencia[12].

De este modo, la reconsideración crítica del modelo explicativo de la historia social ha desembocado, finalmente, en la formulación de un nuevo concepto de acción. Como es fácil deducir de lo expuesto hasta aquí, la

---

11 William H. Sewell, *Work and Revolution in France. The Language of Labor from the Old Regime to 1848*, Nueva York, Cambridge University Press, 1980, cap. 9 [Trad. esp.: *Trabajo y revolución en Francia. El lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1848*, Madrid, Taurus, 1992] y "Artisans, Factory Workers, and the Formation of the French Working Class, 1789-1848", Ira Katznelson y Aristide Zolberg (eds.), *Working Class Formation: Nineteenth Century Patterns in Western Europe and the United States*, Princeton, Princeton University Press, 1986, pp. 59-62 [Trad. esp.: "Los artesanos, los obreros de las fábricas y la formación de la clase obrera francesa, 1789-1848", *Historia Social*, 12, 1992, pp. 119-140].

12 William H. Sewell, "The Sans-Culotte Rhetoric of Subsistence", en Keith M. Baker (ed.), *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture*, vol. 4: *The Terror*, Oxford, Pergamon, 1994, pp. 249-269.

conclusión a la que ha llegado la nueva historia es que las acciones de los individuos no están determinadas por sus condiciones sociales de existencia, sino, en todo caso, por el significado que éstas poseen dentro de una determinada matriz discursiva. Es decir, que, como ya dijimos, las condiciones sociales proporcionan los medios materiales de las acciones, pero no las categorías y los significados en que éstas de fundan y que son, a su vez, las que las explican. De ahí que los historidores deban dejar de explicar las acciones como una función de la posición social, incluso en aquellos casos en que ésta aparece como una motivación explícita. La nueva historia admite que el contexto social ejerce presión sobre los individuos y que, por tanto, los fuerza a actuar; pero afirma que dicha presión se ejerce siempre a través de la mediación de un discurso y que, por consiguiente, es este último el que motiva y confiere sentido a sus acciones. Es dicha mediación discursiva la que, al dotar de significado al contexto social y al poner a las personas en conexión significativa con él, genera las creencias, intenciones, sentimientos, pasiones, aspiraciones, esperanzas, frustraciones o expectativas que motivan, subyacen, acompañan, justifican o hacen inteligibles las acciones que esas personas emprenden, desde las más cotidianas y rutinarias hasta las más complejas e intelectualmente elaboradas.

Expresado en términos algo más técnicos, diríamos, por tanto, que, en este punto, la premisa teórica central de la nueva historia es que las acciones de los individuos remiten causalmente a la mediación discursiva y no, como creía la historia social-sociocultural, al referente real. Como ha estudiado, por ejemplo, Margaret R. Somers, en relación con el movimiento obrero británico, las luchas obreras de la primera mitad del siglo XIX no fueron respuestas a los cambios sociales provocados por la industrialización o a la denominada proletarización, sino, más bien, el fruto de la articulación de dichos cambios mediante categorías como las de derechos naturales[13]. Una conclusión similar a la que llega Richard Biernacki cuando establece un nexo causal entre la práctica del movimiento obrero y el concepto de trabajo vigente en Gran Bretaña y Alemania antes de la Primera Guerra Mundial[14]. De este modo, podríamos concluir que el discurso no sólo realiza una construcción significativa de la realidad social, sino también una construcción efectiva, pues se proyecta continuamente en práctica y, consiguientemente, se encarna en relaciones e instituciones sociales. Y así, por ejemplo, en el caso de la sociedad contemporánea, su organización de la

---

[13] Margaret R. Somers, "Narrativity, Narrative Identity, and Social Action: Rethinking English Working-Class Formation", *op. cit.*

[14] Richard Biernacki, *The Fabrication of Labor. Germany and Britain, 1640-1914*, Berkeley, University of California Press, 1995, Parte 3.

producción depende (como ha estudiado el propio Richard Biernacki) de categorías como la de trabajo, mientras que sus relaciones políticas y de poder no son una mera expresión de las divisiones sociales, sino que han sido forjadas, a su vez, por categorías como las de libertad, derechos individuales, opinión pública o sociedad.

Estos son, expuestos a grandes rasgos, algunos de esos nuevos elementos que han aparecido, durante las dos últimas décadas, en el terreno de los estudios históricos. Elementos que son, al mismo tiempo, algunos de los extremos en que han sido reconsiderados los supuestos teóricos del paradigma de la historia social, así como de la historia tradicional. Como se ve, la reorientación teórica en curso ha consistido, esencialmente, en una desviación del eje de la discusión desde la cuestión de la forma en que se relacionan la realidad y la conciencia (determinación, interacción, autonomía relativa o absoluta) a la cuestión de la naturaleza de dicha relación (teórica o retórica). Llegados a este punto, sin embargo, debemos preguntarnos de nuevo si el diagnóstico ofrecido aquí es correcto; es decir, si realmente dicha reorientación está teniendo lugar y posee, además, el suficiente calado y consistencia como para poder afirmar que, efectivamente, la disciplina histórica ha entrado, desde un punto de vista teórico, en una etapa cualitativamente distinta. O si, por el contrario, nos encontramos ante una versión, conceptualmente más sofisticada, de la nueva historia cultural o, simplemente, ante el viaje revisionista de retorno a los añejos dominios de la historia idealista emprendido por algunos historiadores desengañados. Por supuesto, algunos de los nuevos historiadores han insistido en que su concepción de la sociedad no es, en modo alguno, una mera inversión subjetivista del modelo dicotómico, sino que implica, por el contrario, no sólo un abandono de éste sino su sustitución por un marco teórico diferente. Como diría Joan W. Scott, este nuevo tipo de historia no es el reverso de la historia social, pues ha abandonado toda "oposición entre determinación objetiva y sus efectos subjetivos"[15]. Como hemos mostrado, en lo que consiste realmente la actual reorientación de los estudios históricos y sociales es, parafraseando a John E. Toews, en un abandono de las "teorías sicológicas y sociológicas que ofrecen modelos para relacionar experiencia y significado en términos de representación, causa o expresión" y en la subsiguiente adopción de otras teorías que "conciben al lenguaje en toda su densidad y opacidad como el lugar en que se constituye el significado", como un conjunto de procedimientos y reglas impersonales y anónimos

[15] Joan W. Scott, *Gender and the Politics of History*, Nueva York, Columbia University Press, 1988, p. 5.

que determina "qué puede decirse y cómo puede decirse", y que construye, "en un sentido verdaderamente práctico y activo", el "mundo de objetos y sujetos, el mundo de la 'experiencia'"[16].

En todo caso, si la mutación teórica descrita aquí es sólo una arremetida idealista más contra la historia materialista, entonces es evidente que no entraña novedad alguna y que su contribución a la renovación de los estudios históricos sería escasa o nula. Pero si, por el contrario, estuviéramos asistiendo a una auténtica ruptura teórica, entonces no cabe duda que la actitud adecuada debería ser la de aprestarnos a calibrar la pertinencia, la solidez y las implicaciones de los argumentos de la nueva historia y la de asumir la necesidad de revisar los resultados de la investigación histórica anterior y de reescribir, si fuera necesario, la historia, en un sentido similar a como ya lo hicieron, en su momento, los historiadores sociales cuando reaccionaron críticamente contra el historicismo. Este es, en mi opinión, un dilema crucial con el que se enfrenta actualmente la profesión histórica.

---

[16] John E. Toews, "Intellectual History after the Linguistic Turn: The Autonomy of Meaning and the Irreducibility of Experience", *American Historical Review*, 92, 4, 1987, pp. 898 y 890.